

LAS TEORÍAS TEMPRANAS DE FREUD: LA MÁQUINA SEMIÓTICA COMO CRÍTICA DEL LENGUAJE

Raymundo Mier
U.A.M. Xochimilco

A finales del siglo XIX, Viena era un hervidero. No es sólo el carácter de las luchas políticas que se suscitaban en el seno de un imperio, el imperio austro-húngaro, a medio camino entre una modernidad demasiado avejentada, y una memoria tal vez excesivamente anclada en el futuro. Esa Viena, la *cacanía* de Robert Musil, era no sólo una fusión, sino un campo de atracciones, de antagonismos, de presencias vivas cuyo cuerpo evidente no dejaba por ello de suscitar el olvido. Era el lugar de una de las más revolucionarias transformaciones en la composición musical: Arnold Schönberg escribía una música olvidada ya desde su prefiguración por ese lugar caprichoso y febril.

Toulmin y Janik se preguntan: "¿Fue solamente una coincidencia que los orígenes de la música dodecafónica, de la arquitectura moderna, del positivismo legal y lógico, de la pintura no figurativa y del psicoanálisis —sin mencionar la reviviscencia del interés por Schopenhauer y Kierkegaard— tuviese lugar simultáneamente y estuviesen concentrados, en tan gran medida en Viena?"¹ Esa Viena que Musil describió extraordinariamente: "Era *kaiserlich-königlich* (imperial-real) y fue *kaiserlich und königlich* (imperial y real) para toda cosa y persona; se requería empero un saber esotérico para estar seguro al distinguir cuáles eran las instituciones y personas a las que se refería el *k.k.* y cuáles a las que se refería el *k. und k.* En los papeles se llamaba la Monarquía Austro-Húngara; en las conversa-

¹ A. JANIK y S. TOULMIN. *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus, 1974, pág. 20.

ciones se llama 'Austria' —es decir, se la conocía con un nombre al que, en cuanto Estado, había renunciado bajo juramento en tanto que la conservaba en todos los asuntos del sentimiento, como signo de que los sentimientos son al menos tan importantes como las leyes constitucionales, y que las ordenanzas no son cosas realmente serias en la vida. Por su constitución era liberal, pero su sistema de gobierno era clerical. El sistema de gobierno era clerical, pero liberal era la actitud general de cara a la vida. Ante la ley todos los ciudadanos eran iguales: no todo el mundo, por su puesto, era ciudadano. Había un parlamento que hizo un uso tan fuerte de su libertad que habitualmente se lo tenía cerrado; pero había también un Acta de Poderes de Emergencia, por medio de la cual se podía disponer sin Parlamento. Y, cuando todo el mundo comenzaba a alegrarse del absolutismo, la Corona decretaba que se podía retornar de nuevo al gobierno parlamentario".²

Esta Viena donde Freud desarrolló todo su trabajo era también la caja de resonancia en la que ese saber esotérico, del que habla Musil, se configuraba a través de lenguajes vacilantes, encontrados, transitorios. Las categorías eran más bien un deslizamiento que un anclaje. Ahí se producen los gérmenes de dos críticas encontradas del lenguaje, Mauthner y Wittgenstein edifican sus tentativas antagónicas, sobre un punto común aunque cargado de implicaciones inconciliables: el silencio. Karl Kraus afirmaba que Viena "era el campo de pruebas para la destrucción del mundo". Esto era verdad en más de un sentido, y la crítica inclemente del lenguaje, que se imponía reiteradamente en todos los ámbitos, era la anticipación de ese derrumbe que se cernía reiteradamente en todos los ámbitos, era la anticipación de ese derrumbe que se cernía no sólo sobre Viena, sino sobre el conjunto de las vidas. Las críticas de Mauthner, con su recuperación de Kant y Schopenhauer, pero con su asiento en el sensualismo de Mach, profundizaban una escisión cada vez más evidente: sensación y pensamiento no hablaban del primado de lo pensado, el vuelco se había producido de manera casi radical. Sólo que esta radicalidad instauraba un centro inquietante: la primacía de las sensaciones. Nada más cerca al sensualismo de Mach que esta singular inversión, nada más cercano, con una cercanía ausente y enrarecida, al pensamiento de Wittgenstein en el cual las sensaciones parecían desapa-

recer del horizonte del lenguaje, del vínculo *figurativo* entre el lenguaje y los hechos, para reaparecer en un más allá del lenguaje: el lugar de la ética. "Para Engelmann —narran Toulmin y Janik— con quien Wittgenstein discutió el *Tractatus* [se refiere a la obra de Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*] más de lo que hiciera con ninguna de las otras personas que han escrito sobre él, el toque del libro era profundamente ético. Engelmann caracterizaba la idea básica de Wittgenstein como la de separar la ética de toda suerte de basamento intelectual. La ética era asunto de "fe sin palabras"; y a las otras ocupaciones de Wittgenstein se las consideraba como surgidas, predominantemente, a partir de esta noción fundamental".³

Mauthner a su vez, alojaba su desconfianza en la metáfora, en la capacidad insidiosa del lenguaje de borrar sus linderos. Este exceso hace mudo al lenguaje frente al mundo. El lenguaje se esparce, disuelve los perfiles del mundo: "La filosofía —escribe Mauthner— es teoría del conocimiento. La teoría del conocimiento es crítica del lenguaje [Sprachkritik]. La crítica del lenguaje es, empero, la tarea encaminada a liberar el pensamiento, a *expresar que los hombres nunca podrán ir más allá de una descripción metafórica* [bildliche Darstellung] *de las palabras, ya utilicen el lenguaje cotidiano, ya el lenguaje filosófico*. En este punto Mauthner prolonga, trastrocando la luminosidad en escepticismo, la intuición romántica. Jean Paul [Richter] había ya escrito casi medio siglo antes: "Así como en la escritura, la jeroglífica precedió a la alfabética, en el lenguaje hablado la metáfora, en cuanto designa relaciones y no objetos, es la palabra primitiva que no ha tenido que perder su color más que progresivamente hasta convertirse en la expresión propia. El lado del alma y del cuerpo constituían una unidad, pues el yo y el mundo todavía se confundían. Por eso, desde el punto de vista de las relaciones espirituales, una lengua es un diccionario de metáforas extinguidas".⁴

La crítica del lenguaje que se suscita en Viena es una refracción, una inflexión impuesta a la imagen de las palabras: a la vez sometimiento, una condición irreductible y una doble exclusión: los alcances éticos y cierta extraterritorialidad cognitiva aparecen en cada una de las críticas como polos que ordenan lo que habrá de ser excluido. La ética aparece como el espacio antagónico de la razón: la

2 Robert MUSIL, *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 1965, pp. 60-61.

3 A. JANIK y S. TOULMIN *op. cit.*, pág. 27.

4 F. NIETZSCHE, *El libro del filósofo*, Madrid, Taurus, 1974, pág. 161.

crítica del lenguaje habrá de restaurar el peso que el lenguaje ocupa al señalar su extrañeza, al subrayar la vacilación que atraviesa el silencio constitutivo del lenguaje.

Freud está inmerso en esta tensión, al tiempo que ausente. Tal y como se encontraba en Viena: "He consagrado a Viena un odio personal —le escribe a Fliess— y, a la inversa del gigante Anteo, adquiero nuevas fuerzas en cuanto poso el pie fuera de la tierra de la ciudad donde vivo". Freud se hunde en la crítica del lenguaje que se respira en esa Viena crepuscular para volverse hacia afuera, para encontrar en otros espacios una mirada sobre el lenguaje que no incite a la disolución de sus reflexiones. No parece haber nada de extraño en que Freud, como se sabe orientado fuertemente a la *Naturwissenschaft*, buscara en ese campo los tratamientos más adecuados a los planteamientos que hacía. Su prácticamente legendario rechazo de la filosofía hace todavía más transparente esta minuciosa sordera al derrumbe ideológico de Viena. No obstante, no deja de ser significativo que el tema que lo atrae sea precisamente no el propio acto del lenguaje o la naturaleza de éste: sino ese lado oscuro: el silencio. Freud se mete de lleno en ese estudio sobre la afasia, esa monografía extraña, con frecuencia excluida, y que no aparece, significativamente, en la edición de las *Obras Completas*, no obstante que parecen existir ciertos índices que nos permiten suponer que Freud no estaba descontento con su obra. Freud la había calificado de "realmente buena". Extraña paradoja que pertenece tal vez más al anecdotario histórico que a la reflexión sistemática; ese libro, que habla de la imposibilidad de hablar, de esa forma terrible y brutal donde la naturaleza arraiga el silencio, *La afasia*, es al fin silenciado del cuerpo de la obra freudiana.

En este libro, Freud apunta una serie de temas, pero sobre todo esparce indicios, erige en claves algunos nombres mencionados apenas, muestra su desapego por una mirada que de una u otra forma, al mirar al lenguaje desde la ética o desde la verdad, lo silenciaban, para hacer de este silencio una irrupción de sentido. En efecto, luchando contra la corriente localizacionista de Broca y Wernicke que habían asociado cierto tipo de perturbaciones en el lenguaje con lesiones localizadas estrictamente en zonas invariantes del cerebro, Freud vuelve sus ojos a la obra de Hughling Jackson. Y tal vez no sólo a ella, sino de soslayo, no deja de mirar, quizá con cierta reticencia, los planteamientos lógicos de Stuart Mill.

La concepción de Jackson se inscribe de entrada en un evolucionismo del cual Freud no era ajeno. No obstante, los resultados de esta

inscripción evolucionista en los alcances de la tesis de Hughling Jackson habrían de tener una enorme importancia; no sólo para la teoría de las afasias, sino en el campo psicoanalítico. En esta evolución de las funciones aparece una frontera elemental: Jackson descubre que son las funciones voluntarias del lenguaje las que primero se pierden, mientras subsisten aquellas asociadas a regiones hondamente afectivas, primarias, que se enlazan con respuestas automáticas. Este hallazgo sitúa el lenguaje como organizado de manera diferencial: por un lado, es una organización nuclear, sólida, resistente, aunque hundida en profundidades encubiertas y, por el otro, muestra una superficie aparentemente dotada de estructuras más completas y más diversificadas.

Esta aparente complejidad, según descubrió Jackson, era uno de los rostros de la fragilidad: es la esfera del lenguaje afectivo la que resiste los embates de la destrucción de los recursos que ordenan el lenguaje. Jackson reconoce en este centro afectivo del lenguaje el predominio de las emociones sobre las motivaciones conscientes y voluntarias. No hace falta decir cuán grande pudo haber sido el impacto de esta mirada en Freud, de esta inmersión en unas profundidades dotadas de una relativa autonomía organizativa y que resistían, más allá de la destrucción de los ordenamientos neuronales que regían la vida, el lenguaje consciente.

No es sólo este descubrimiento de Jackson el que probablemente dejó huellas en la concepción psicoanalítica: la sutil forma de relación, y de jerarquía de las funciones que se establecía entre el nivel emotivo, primario, y el nivel voluntario, consciente o secundario, suscitaba también gran interés. En efecto, Jackson formula la hipótesis de que los centros inferiores estaban sometidos de cierta manera a los procesos de orden superior y de que existía específicamente una subordinación, un control ejercido por el superior sobre el inferior. Esta instancia, tardíamente adquirida, más sometida a la trama de orden aparente, que reproducía las patrones de comportamiento lingüístico colectivos, era la encargada de controlar ese núcleo primario, afectivo. Ahora bien, cuando por la destrucción nerviosa se suscitaba la destrucción del aparato superior, el nivel inferior no sólo continuaba funcionando sino que ocupaba el lugar de las funciones destruidas. La ausencia de control llamaba, pues, a la dimensión afectiva a aparecer de manera proliferante, a desplegar una actividad desmedida en la propia superficie antes dominada por el lenguaje constante.

Por otra parte, Jackson había hecho algunas consideraciones sobre las características específicas del lenguaje. Escribió: "las palabras no son significativas en sí mismas; son tan sólo símbolos de cosas o 'imágenes' de cosas; se puede decir que tienen significado 'más allá de ellas'. Una proposición simboliza una relación particular en algunas imágenes". Aquí es importante subrayar el peso que puede tener la definición jacksoniana de imagen, caracterizada como "todo estado mental que representa las cosas". La asimilación de la imagen al campo de la representación, y particularmente asociado no a una figura sino a un estado mental, no deja de ser notoria, más todavía cuando esta idea de representación reaparece insistentemente en la obra freudiana.

Pero Jackson hace también algunas observaciones fundamentales acerca de la disolución de los patrones sintácticos correlativos a la organización evolutiva del lenguaje: en los niveles superiores los patrones sintácticos inducen una formulación proposicional y el lenguaje, obedeciendo a los impulsos de la voluntad para restaurar las relaciones entre las imágenes, da lugar a una secuencia de proposiciones. En el nivel inferior, la fase subjetiva incontrolada emite elementos verbales que escapan a la trama sintáctica de las proposiciones.

Podríamos forzar un poco la mano si decimos que existe una clara diversificación de los niveles en cuanto a la naturaleza de los ordenamientos lingüísticos que se ponen en juego; los de nivel superior se sustentan en la sintaxis, mientras que los que se encuentran vinculados al núcleo primario resistente, afectivo, tienden a emplear el lenguaje sólo mediante fragmentos diferenciales, elementos de la lengua emitidos como sonidos aislados, o grupos de sonidos emitidos de manera incontrolada. Al caracterizar las formulaciones de Jackson sobre la afasia, Cazayus escribe: "Las reacciones verbales automáticas se remiten a la categoría de fenómenos de descarga. Ligadas a la afectividad dominante se vuelven a encontrar aquí las manifestaciones del lenguaje emocional y las emisiones verbales ocasionales y, vinculadas al automatismo, a las emisiones verbales estereotipadas, a las perseverancias, a las frases hechas que se desarrollan sin ningún dinamismo intencional y que son, en realidad, proposiciones muertas (*dead propositions* las llamó Jackson). El lenguaje emocional no es, hablando con propiedad, un lenguaje: no sólo carece de sintaxis, sino que, además, el empleo de las palabras es muy limitado y con harta frecuencia reemplazado por interjecciones y exclamaciones. Se sirve esencialmente de la modulación, de las inflexiones de la voz,

entonaciones que no son signos lingüísticos, sino señales de estados anteriores".⁵ Tal vez se trataría casi directamente de un paralelismo: esta forma de lenguaje disgregado, intensivo, se asemeja más al grito que a la palabra. Ese es tal vez el modelo: la afasia que termina en la expresión de interjecciones, de intensidades de voz, de modulaciones, de exclamaciones, no es otra cosa que ese nivel donde sólo el grito es capaz de ofrecer un asidero a la interacción verbal.

Hay otra formulación de Jackson que tal vez merezca atención en el orden de la concepción freudiana posterior: esos pacientes no hablan, gritan, repiten expresiones extrañas, se aferran a fragmentos de frases que se reiteran con cualquier motivo ante estímulos de naturaleza incomparable. No obstante, este comportamiento se suscita ante un aumento de tensión. Jackson afirma entonces que la reiteración de estos vocablos está vinculada a la palabra o la frase que el paciente se disponía a pronunciar en el momento mismo de la lesión. No deja de llamar la atención el paralelismo de esta formulación con las propuestas que más tarde haría Freud. Más cerca de las tesis del *Proyecto* de Freud, Jackson establece por esa vía un vínculo estrecho entre la naturaleza de la percepción y la naturaleza del lenguaje: en esta concepción, como afirma Cazayus, "las proposiciones del lenguaje no hacen más que representar las percepciones, o más bien, simbolizándolas, prolongan las proposiciones de la percepción, sin las cuales el lenguaje, vacío de sentido y de su relación con el mundo, sería puramente vocal o puramente formal".⁶

La inclinación de Freud por la obra de Jackson, ampliamente documentada en su monografía sobre *La afasia*, se muestra no obstante, impregnada ya de una tonalidad propia; al recordar la tesis de Jackson sobre la fijación traumática de cierto grupo de palabras, cita varios ejemplos: "un hombre que sólo podía decir 'Quiero protección' debía su afasia a una pelea en la cual había recibido un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Otro paciente tenía un curioso residuo de lenguaje: 'Lista completa'; era un empleado que había sufrido un ataque inmediatamente después de completar laboriosamente un catálogo. Estos ejemplos indican que tales expresiones son las últimas palabras producidas por el aparato del lenguaje antes de la lesión, o quizás aun en una época en la cual ya existía la

5 Paul CAZAYUS, *La afasia*, Barcelona, Herder, 1980, pág. 133

6 *Ibid.*

inminencia de la incapacidad. Me inclino a explicar la persistencia de estas modificaciones por su intensidad, si suceden en un momento de gran excitación interior. Recuerdo haber estado dos veces en peligro de muerte y en los dos casos la conciencia del peligro se me presentó de un modo totalmente súbito. En ambas ocasiones sentí: 'Este es el fin', y a pesar de que en otras circunstancias mi lenguaje interior se realiza sólo con imágenes sonoras indistintas y movimientos ligeros de los labios, en esas situaciones de peligro escuché dichas palabras como si alguien las estuviera gritando al oído, y al mismo tiempo las ví como si estuvieran impresas en un trozo de papel que flotaba por el aire.⁷

En este fragmento no sólo vemos el estilo y los procedimientos de reflexión característicos de la obra freudiana, sino que aparece también un punto que sin duda será central en toda la concepción posterior de Freud: el papel que desempeña la *intensidad*. Este concepto, que lo vinculará de manera inequívoca aunque ambivalente con el energetismo de su época, al mismo tiempo le permitirá reencontrar por otras vías la crítica del lenguaje que ya se esbozaba en Jackson, aunque sin adquirir las enormes proporciones inherentes a la propuesta psicoanalítica.

Hemos dicho ya que pensamos que *La afasia* es sobre todo un texto poblado de indicios, no todos perceptibles inmediatamente, pero tampoco privados de cierta ambigüedad: se sabe de la célebre distinción freudiana entre representación de cosa y representación de palabra. En este texto se ha producido ya un ligero desapego respecto de la obra de Jackson, una divergencia que no deja de suscitar cierta extrañeza; así frente a la concepción "proposicional" de Jackson, Freud afirma: "desde el punto de vista psicológico, la palabra es la unidad funcional del lenguaje; es un concepto complejo constituido por elementos auditivos, visuales y cinestésicos". Freud ha desplazado por lo tanto los acentos. Si Jackson toma el concepto de palabra asociado a imagen sólo como un tránsito hacia la proposición, Freud quedará centrado en la esfera de la palabra. En su desarrollo de esta idea Freud apela, una vez más, no a la crítica del lenguaje, sino a los comienzos de ese positivismo lógico que conmociona aún en nuestros días la concepción sobre el lenguaje. Freud apela a John Stuart Mill, cuyo empirismo respondía a las aspiracio-

nes freudianas. Este filósofo, sin duda ajeno a las tradiciones vienesas, a quien Freud había traducido desde muy temprano guardando siempre reservas ante su liberalismo moral y su defensa de la causa de las mujeres —la cual despertaba tanta aversión en él—, es quien parece aportarle las consideraciones necesarias para consolidar su concepción acerca de la palabra. A pesar de haber escrito en 1925, en su *Autobiografía*, que siempre evitó "cuidadosamente aproximarse a la filosofía propiamente dicha", Freud apela en este punto crucial en el nacimiento del psicoanálisis a una filosofía particular y extraña a su entorno.⁸ J. Stuart Mill, cuyos estrechos nexos con el positivismo de Auguste Comte no dejan de aludir ya a los criterios rectores de la elección freudiana, había escrito una obra que respondía a esta imagen de la ciencia, monolítica, central, ordenadora. Pero esta obra se abría precisamente con una lógica, precedida a su vez por una larga reflexión acerca de la palabra. Esta reflexión no dejó de tener consecuencias. Como afirma Vincent Descombes, el Sistema de lógica de Stuart Mill sirve de detonador para las obras de Husserl y de Frege.⁹ Por lo demás es curioso cómo Freud asume sin reservas estos postulados: "Según lo enseñado por la filosofía, la idea del objeto no contiene otra cosa; la apariencia de una 'cosa', cuyas 'propiedades' nos son transmitidas por nuestros sentidos, se origina solamente del hecho de que al enumerar las impresiones sensoriales percibidas desde un objeto, dejamos abierta la posibilidad de que se añada una larga serie de nuevas impresiones a la cadena de asociaciones" escribe.¹⁰ De ahí desprenderá la polaridad con la cual caracteriza la palabra: mientras la representación de palabra aparece como una esfera cerrada, la representación de cosa aparecerá como un universo abierto. Así, al asumir rápidamente los presupuestos de un sensualismo muy incipiente, Freud parece pasar por alto los elementos que instauran, en torno de la teoría del lenguaje del empirismo, una nueva crítica del lenguaje. Nuevamente, Freud parece excluir esta dimensión de su trabajo teórico.

En efecto, el problema arduo al que se va a enfrentar el empirismo en el campo del lenguaje es precisamente el de esclarecer la relación entre la experiencia y el lenguaje, como lo formula Descombes: "¿Có-

7 Sigmund FREUD, *La afasia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pág. 76.

8 Paul Laurent ASSOUN, *Freud, la filosofía y los filósofos*, Buenos Aires, Paidós, 1982, pág. 21.

9 Vincent DESCOMBES, *Grammaire d'objets en tous genres*, París, Minuit, 1983, pág. 52.

10 Sigmund FREUD, *op. cit.*, pág. 90.

mo decir la experiencia? Dicho de otra manera, ¿cuál es el lenguaje capaz de expresar eso que ocurre verdaderamente sin deformarlo de ninguna manera? Y es éste el único empleo inteligible del verbo *expresar* aplicado a esta declaración. La teoría nominalista de la proposición parece propia para explicar cómo debía estar constituido un lenguaje puramente descriptivo de la experiencia: a cada signo empleado corresponde una idea de alguna cosa, reunimos en una proposición aquellas ideas que nos representan las mismas cosas. Ya que esta teoría es desfalleciente, conviene revisar el análisis del lenguaje descriptivo bajo pena de concluir que la experiencia es inefable y que no hay lenguaje que no deforme".¹¹ Freud asume directamente esta posición nominalista, dando la impresión, al mismo tiempo, de eludir la interrogación inherente al lugar que ocupa la experiencia. Sólo que esta aparente inadvertencia se trastocará en una formulación que desfigurará por completo el planteamiento empirista: al adoptar Freud plenamente el modelo energetista, y conformar su modelo termodinámico según los términos de cantidad de energía e índices de cualidad, ajustados a un principio de homeostasis, el concepto de experiencia se disolverá como punto oscuro de una formulación acerca del lenguaje. Sólo que entonces el lenguaje volverá al silencio, recuperará su mutismo. La formulación de Freud se encuentra con la de Wittgenstein y con la de Mauthner: la crítica de lenguaje que formula el psicoanálisis sólo puede configurarse en torno del silencio.

Freud es un hombre de su tiempo. Y su tiempo es el de la gran expansión maquinista, es el momento en que la noción de sistema se esparce por todo el ámbito de los saberes centrales. La biología ha confirmado que los organismos son sistemas. En el campo del saber social, la propia trama de las instituciones, de la economía de la producción, se le revela al hombre del siglo XIX como dotada de un comportamiento sistemático. La noción de energía ha consolidado también en termodinámica la idea de los motores, los sistemas de transformación de energía. "Freud —afirma Michel Serres— se alinea con ellos [con la imagen consistente de la física] toma visiblemente como modelo, en el comienzo, una topología similar a la de Maxwell-Listing donde las líneas de campo recibían ya la denominación de complejos, toma también una energética de tipo termodiná-

mico ligada a dos principios fundamentales: la constancia de la energía, y el deslizamiento hacia la muerte".¹²

Esta observación de Serre, pone en relieve un punto fundamental, la introducción de la irreversibilidad del tiempo en el modelo termodinámico de Freud. Si, en efecto, Freud introduce un vector temporal en su modelo; esto no sólo tiene consecuencias sobre la muerte del sistema, sino específicamente sobre el poder del sistema para constituir la representación de su propia finitud.

La empresa de Freud, la constitución de una máquina semiótica, tal vez cobre toda su extrañeza si la equiparamos con el inventor de Schwob: "Si Poe tenía razón —proclama un personaje de Schwob— yo puedo crear mundos en rotación y esferas inflamadas y ruidosas con el sonido de una materia que no tiene alma; he sobrepasado a Lucifer porque puedo obligar a blasfemar a las cosas inorgánicas. Por obra de mi voluntad, día y noche, pieles que estuvieron vivas y metales que no lo están todavía, profieren palabras inanimadas. Y si es verdad que la voz crea universos en el espacio, los que yo hago surgir son mundos que han muerto antes de haber vivido. En mi casa yace un Béhémot que muge a un gesto de mi mano: *yo he inventado una máquina parlante*".¹³ No obstante, en Freud se trata de una máquina arrojada en el lenguaje por el grito.

Tal vez sea preciso en este momento ofrecer una imagen de esta máquina semiótica incierta, dotada del dudoso privilegio de anticipar su muerte. Es una superficie múltiple, surcada por canales intrincados, por conexiones variadas que conducen cantidades de una energía poco tangible, indeterminada, aunque de una sola naturaleza. Existe una fuente interior de esa energía y algo fuera del propio sistema que lo cubre con estímulos que inciden sobre él. Ahí se encuentra un primer filtro, una primera separación, una forma irreversible de aislamiento; porque en el sistema de neuronas de percepción, en aquellas que reciben la energía del campo externo de los objetos, de las cosas, opera ya una traducción sin clave. Dice Freud: "Mientras que en el mundo exterior los *procesos* constituyen un *continuum* en dos direcciones, tanto en el orden de la cantidad como en el del periodo (calidad), los *estímulos* que les corresponden

11 Vincent DESCOMBES, *op. cit.*, pág. 54.

12 Michel SERRES, "Le point de vue de la bio-physique", en *Critique*, No. 346, marzo de 1976, París, Minuit, pág. 266.

13 Marcel SCHWOB, "La máquina parlante", en *El rey de la máscara de oro*, Madrid, Alfaguara, 1977, pág. 101.

son, según la cantidad, en primer lugar *reducidos* y en segundo lugar *limitados* por un corte; y según la cualidad son discontinuos, de manera tal que ciertos períodos no pueden actuar como estímulos".¹⁴ Esta primera prescripción, como se ve, es ya un ordenamiento que separa al mundo de la percepción. De hecho, se hace eco del sensualismo de Mach, sólo que introduce una sutil forma de desapego; se trata de una infranqueable naturaleza: los estímulos externos sufren ya un proceso de reducción, sin mediaciones, sin paliativos. Freud no es ajeno a esta extrañeza: "el carácter de cualidad de los estímulos se continúa desinhibido por ϕ , a través de ψ , hasta w , donde produce sensación; está constituido por un periodo particular del movimiento neuronal, *periodo que sin duda no es el mismo que el del estímulo, pero mantiene con éste cierta relación con arreglo a una fórmula reductora que ignoramos*".¹⁵ Los términos de Freud no pueden ser más explícitos: no hay continuidad, no persiste la identidad entre una calidad externa y la percibida, la articulación se hace mediante una "fórmula reductora que ignoramos". A partir de ahí, esa máquina está librada a sus propias maquinaciones, despojada de otro vínculo con las cosas que no sea el de la intensidad que incide sobre esa incierta capa de neuronas responsables de hacer de lo continuo una serie, una cadena, una sucesión. Tal vez un lenguaje.

Esas intensidades labran sobre la superficie psíquica, de manera indeleble, sus trayectos, ahí el tiempo avanza, es irreversible, no hay olvido sino derivación, abandono de esas vías, saturación del flujo en unas que adelgaza el paso de la energía por las otras. Los caminos están trazados. Sólo que el tiempo sufre una recaída. La alucinación es una recaída del tiempo irreversible, una facultad para instaurar nuevamente una satisfacción ausente. Los canales, las facilidades —como las llama Freud— son transitables de ida y vuelta. Es ahí, en esa trampa del tiempo donde se ubica el lenguaje. No es insignificante que Freud haya imaginado una especie de semiótica interna, propia del aparato psíquico, para solucionar esta trampa perturbadora. En efecto, dice que "se precisa un criterio que provenga de otra parte para distinguir entre *percepción y representación*". Abandonada a su propia naturaleza, la energía que fluye en un sentido no se

distingue de aquella que fluye en sentido contrario. Freud imagina un signo interno, una señal interior al mecanismo que le advierta si se encuentra sometido a sus propias representaciones o si esa energía que lo recorre ha sido admitida desde un estímulo externo. "Ahora bien, probablemente sean las neuronas w las que proporcionen ese signo, el signo *de la realidad objetiva*. A raíz de cada percepción exterior se genera una excitación-cualidad en w que empero carece de significatividad para ψ . Debe agregarse que la excitación w conduce a la descarga w , y de ésta, como de cualquier descarga llega hasta una noticia. *La noticia de descarga de w es, pues, el signo de cualidad o de realidad objetiva para ψ* ".¹⁶ Este complejo sistema de signos interiores se rige por el principio de constancia: la máquina de Freud es un dispositivo cuyo contenido energético no puede crecer más allá de cierto umbral, más allá del cual se encuentra enfrentada al dolor. Es aquí donde se arraiga en principio la más perturbadora de las propuestas freudianas acerca del lenguaje: éste tiene su origen fundamentalmente en el dolor. "En primer lugar — escribe Freud — se encuentran objetos — percepciones — que lo hacen *gritar* a uno porque excitan el dolor, y cobra enorme sustantividad que esta asociación de un sonido (que también incita imágenes de movimiento propio) con una [imagen-] percepción, por lo demás compuesta, ponga de relieve este objeto como hostil y sirva para guiar la atención sobre la [imagen-] percepción. Toda vez que ante el dolor no se reciben buenos signos de cualidad del objeto, la *noticia del propio gritar* sirve como característica del objeto. Entonces, esta asociación es un medio para hacer consciente, y objeto de la atención, los recuerdos excitadores de *displacer*: ha sido creada la primera clase de *recuerdos conscientes*. De aquí —añade Freud— a inventar el lenguaje no hay mucha distancia."¹⁷ Esta presencia del dolor en la génesis del lenguaje arroja una sombra sobre la noción del objeto. No se trata ya de un objeto, en su pureza, en la naturaleza de sus rasgos, lo que ha suscitado el lenguaje, ni es una conjunción de percepciones remitidas a una imagen auditiva. Lo que suscita el lenguaje es esa asociación imprevisible entre ciertas intensidades alojadas en la memoria y la huella de la propia voz, más allá de cualquier lenguaje, antecediendo cualquier conformación: esa des-

14 Sigmund FREUD, "Proyecto de psicología para neurólogos", en *Obras Completas*, Tomo I. Bs. As., Amorrortu, pág. 358.

15 *Ibid.*

16 *Ibid.*, pág. 372.

17 *Ibid.*, pág. 430.

carga informe, no codificada, del grito, ese gesto aún al margen de las convenciones de la lengua, esa intensidad sonora fundida al cuerpo se hallan en el origen. A partir de entonces las huellas sonoras se harán reconocibles como propiedades de un cuerpo. Parece que no podría ser de otra manera: la génesis del lenguaje no puede inscribirse en el propio orden de la lengua, se encuentra siempre en otro anclaje.

Lo sorprendente de esta imagen freudiana es que plantea el origen de la eficacia lingüística como una relación circular del sujeto con el orden del lenguaje: antecediéndola al ofrecer un sentido al grito, y también construyendo la condición del sentido en el propio grito. En el arranque no se trató de una simple imitación, de una asociación de una cadena de sonidos previamente elaborada, culturalmente transmitida. No se trata de un sujeto que asume un sentido. El sentido surge como una vocación, o más bien, como un testimonio persistente de una fatalidad. El sentido se gesta más allá de los ordenamientos simbólicos, en esa masa amorfa de sonoridades emitidas en el grito pero sólo al inscribirse en el espacio simbólico, en el orden del sentido, adquiere su eficacia. El sentido se gesta en esa red estrecha que funde al sujeto con el objeto percibido como hostil, no hay mediación simbólica: éste se encuentra en el origen y en la desembocadura. No hay identificación. Es extraña esta perspectiva que señala el origen del lenguaje en una región que excluye el placer, que lo sitúa precisamente en la contraparte y, no obstante, en esa confluencia el placer surge con el lenguaje. Si el grito es la descarga motora, provocada por el acrecentamiento de la energía suscitada por la representación del objeto hostil, ese orden del lenguaje, ese régimen excluido que es el grito, es también el punto donde se anuda un placer singular. Es al mismo tiempo una liberación y una conjura.

Sin embargo, ese acto, ese grito encuentra una respuesta. El grito es respondido con una presencia: un objeto hablante, un objeto capaz de trocar el dolor en satisfacción, un objeto cuyos movimientos admiten como réplica los propios movimientos: "los complejos de percepción —leemos en el *Proyecto*— que parten de este prójimo serán en parte nuevos e incomparables— por ejemplo, sus rasgos en el ámbito visual—; en cambio, otras percepciones visuales— por ejemplo, los movimientos de sus manos, coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de impresiones visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio, con las que se encuentran en asociación los recuerdos de movimiento por él vivenciados. Otras percepciones de objeto, además —por ejemplo si grita— despertarán el recuerdo del gritar

propio, y con ello, de vivencias propias de dolor. Y así el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa en el mundo, mientras que el otro es *comprometido* por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio".¹⁸

En efecto, ese objeto, en el que se entremezclan percepciones originales, percepciones que despiertan reacciones análogas en el sujeto, por una identificación de los actos del prójimo con los propios, es al mismo tiempo, un objeto hablante. Estas múltiples visiones, estas facetas alojadas en espacios dispersos, en el propio cuerpo, en la percepción externa, en la satisfacción o en el dolor, sólo pueden conjuntarse mediante el propio lenguaje. Aquí Freud vuelve insensiblemente al nominalismo de Stuart Mill y al proposicionalismo de H. Jackson. Todos estos objetos sólo pueden conjuntarse mediante un acto de lenguaje, una proposición. Sólo que cada acto de juicio pone en juego el deseo. El campo de la proposición es aquí un campo sometido a las condiciones y a la lógica del deseo. "El juzgar es, por tanto, un proceso ψ y sólo posible luego de la inhibición por el yo, y que es provocado por la semejanza entre la *investidura-deseo* de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella".¹⁹ Lo que Freud subraya en este párrafo es que la condición del efecto de identidad surge siempre en conexión con el deseo, y toda proposición, todo acto del lenguaje, aparece anclado sobre esta imagen de una identidad. De acuerdo a los postulados nominalistas adoptados aquí por Freud, la identidad de la palabra era un hecho manifestado por la estructura cerrada de la representación palabra. La palabra aporta, pues, un núcleo inamovible de identidad a partir del cual se hace posible la predicación, el juicio, y por consiguiente ese efecto de conjunción de objetos múltiples. Hay un tácito sometimiento del juicio a la identidad. Es en este punto donde todo el efecto múltiple del lenguaje se condensa.

Esa descarga, ese grito, que en un principio era exterioridad respecto del lenguaje, signo informe, incodificable, se trueca, se convierte en la imagen precaria de una demanda, se le devuelve al sujeto bajo la forma de una identidad, se la somete al orden inflexible de las

¹⁸ *Ibid.*, pág. 353.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 373.

palabras. El grito cede su lugar a la palabra, pero al precio de restaurar el orden del sentido. El grito que excluía la mediación simbólica es tomado en el campo inflexible de un sentido definido sobre la base de la trama simbólica del lenguaje. El grito es interpretado, se retribuye esta conjura, la conjura original del grito, con un juicio, con una afirmación, con un asentimiento. El conjunto complejo de percepciones, esa identificación no mediada por el lenguaje que el sujeto, el niño, establece entre sus movimientos y los movimientos de ese objeto que le habla y lo colma de satisfacción o de agresiones, no suscita ya una tensión, no deriva ya en una descarga, sino recurre a una mediación. No hay espacio que admita la conjura sino ese espesor simbólico, la trama del lenguaje.

De alguna manera, con esto, Freud edifica ya las bases de una crítica del lenguaje. Esa máquina semiótica, ese flujo cerrado de signos internos que alimentan ese dispositivo energético orientado hacia la muerte, no hacen sino señalar los límites del lenguaje, su fragilidad, y al mismo tiempo su inconmensurable aunque oscura eficacia.

Tal vez, tan ajeno como fue a la crítica del lenguaje surgida en Viena, tan ajeno, tal vez voluntariamente, a los planteamientos de Mauthner y Wittgenstein, Freud podría suscribir la sentencia del propio Mauthner: "Resumamos brevemente: no hay 'el' lenguaje, el lenguaje individual no es nada real tampoco; las palabras no engendran nunca un conocimiento, no son más que un instrumento de la poesía; no dan intuición alguna real y ellas mismas no lo son. Y, no obstante, pueden ser una fuerza. Destructor como viento de huracán el aire es como la palabra. Con facilidad puede ser la palabra más fuerte que la acción".²⁰

20 Fritz MAUTHNER, *Contribuciones a una crítica del lenguaje*, México, Juan Pablos, 1976, pág. 141.